Charles Moeller, *Humanismo y santidad. Testimonios de la literatura occidenta*l. Ediciones Encuentro, Madrid 2023.

El P. Charles Moeller es un sacerdote belga que destacó en el S. XX por su preparación literaria, filosófica y teológica. ¿Qué hace vigentes a sus textos?

1. El S. XXI, como el S. XX, sigue usando la categoría “humanismo”, tanto para afirmarlo como negarlo, reivindicándolo y combatiéndolo. Por eso se proponen y se sigue hablando tanto de ‘nuevos humanismos’ como de ‘posthumanismos’. Es por ello por lo que se habla y se actúa desde, se crean y se critican los mundos de valores humanos tanto alcanzados como soñados. Los humanismos son propios de los seres con autoconciencia y capacidad de compromiso con una forma de vida. Ch. Moeller siente la llamada a participar en la búsqueda y debate de la ‘humanidad’, de ‘lo humano’, del ‘humanismo’. Pertenece a una generación de humanistas del S. XX. Da conferencias y publica temas de humanismo, concretamente cristiano, en la misma década en que Heidegger y Sartre también tratan de intuirlo, reimaginarlo.

2. Según un esquema que Hegel destacó y herederos de distinta índole prolongaron, los tres pivotes sobre los que se asienta el sentido de la realidad (que se busca y se quiere) son: arte, religión y filosofía. En ese orden (de menos racional a más), el Idealismo alemán de Hegel lo consagró. El momento más alto en que el Espíritu absoluto se piensa a sí mismo es filosófico, aunque necesita y se sirve de la ayuda del arte primero y después de la religión. Desde los hechos, una prueba de la inviabilidad de tal visión, las dos guerras mundiales y otros desastres, evidenciaron que no todo lo real es racional ni sólo lo racional alguna vez será real. Interesa el devenir de tal esquema hasta hoy. Kierkegaard lo rechaza y reclama la religión como el momento más alto; el modo de vida elemental es el artístico, le sigue el filosófico pero el momento más alto se vive religiosamente. Y Nietzsche también lo cambia. Éste es su orden: primero fuimos religiosos, después filósofos, mas, el modelo que permitirá alcanzar el máximo de realidad, mediante la voluntad de poder y de celebración de la vida es el artístico. Para él, el arte tiene más valor que la verdad, es la misión principal para crear vida y guiarse en ella. Ch. Moeller acepta el reto de este escenario y propone un diálogo entre humanismo cristiano y humanismo moderno. Escoge un modo que, además de cristiano lo es también moderno: partir de y buscar puntos en común entre ambas visiones: modernidad y cristianismo. Su método: usar obras maestras de la literatura. Claro que las circunstancias del S. XX y XXI son distintas a las del los S. XIV-XVI, pero tienen algo en común: escuchar a los hombres creadores de ‘palabra’ (artística, filosófica, religiosa). Porque lo real también es misterio que no se deja decir, conceptualizar, ritualizar. La propuesta de Ch. Moeller no será idealista (al modo hegeliano) sino existencialista, y la dinámica hermenéutica que usa proviene de una sensibilidad fenomenológica en que el sujeto se deja preguntar por el modo de ser de la vida que también guiará el modo de ser estético.

3. Así como, dentro del cristianismo y de la Iglesia Católica, Ch. Moeller se adelantó (participando como asesor y comisionado) a algunas ideas y planteamiento del Concilio Vaticano II, también, dentro del escenario contemporáneo moderno, se adelantó a usa la autoconciencia moderna con sentido autocrítico, revisionista. Con nombres tan variados como postmodernidad, metamodernidad, transmodernidad, malestar, desencanto, cambio de paradigma... hoy vamos aceptando que ni en la teología todo es mística ni en la filosofía todo son razones, como tampoco en la ciencia todo es evidencia. Por ello ésta, la ciencia, que en siglos pasados fue furibunda opositora de la religión, hoy, más cauta y moderada, si no aliada aproxima sus posiciones cuando admite que sus modelos, leyes, predicciones se viven rodeados de misterios (pensemos, por ejemplo, en modelos de física basados en teoría de la relatividad o cuántica). Fue profeta Ch. Moeller durante toda su vida, y profeta de integración y de esperanza. Su esquema, si confronta, huye de la exclusión y la presunción de evidencias; ello, sin renunciar a la legítima presencia y trascendencia de Dios, que, como el Ser más alto que cabe concebir, dejó sus huellas en los transcendentales que cabe descubrir en la interioridad humana y en los escenarios de su acción externa con que crea y modela la cultura: unidad, verdad, bondad y belleza (desde la fenomenología se puede reclamar un quinto: sacralidad, que en la religión cristiana sólo cobra sentido desde la figura de Jesucristo y su llamada a la santidad). Aunque él se centrará en reconstruir los anhelos, la visión de la vida, las frustraciones y esperanzas del hombre del S. XX, los cuales reelaborará a partir de grandes obras literarias para iniciar el diálogo.

El libro que recensionamos primero fue pensado en formato oral y ser dictado en forma de charlas, las cuales tomaron cuerpo en 1943. La primera edición francesa forma de libro en 1946 y se tradujo al español en 1960. Esta reedición que aquí se comenta, dice el prologuista, sigue el texto de la primera traducción española, pero revisada y confrontada “con la edición original” francesa. Da cuenta de algunos cambios y diferencia a pie de página las notas de la traductora original y las de la editora de la reedición.

Para el autor, este libro está pensado como parte de un diseño que le ocupó y le ilusionó a lo largo de la vida (1912-1986). Las dos primeras partes (de las tres de que consta) son pensadas como “díptico”. Esta obra, *Humanismo y santidad. Testimonios de la literatura occidental*, es el primer panel o sección. Su obra *Sabiduría griega y paradoja cristiana. Testimonios literarios* (publicada en 1948 y traducida al español en 1963) es el segundo panel. Y, partiendo de sucesivos ciclos de conferencias posteriores, culminará sus publicaciones con la monumental obra *Literatura del siglo XX y cristianismo* en seis volúmenes, cinco de ellos aparecidos en vida (1953-1975) y el último (1993) tras su muerte.

En el caso que nos ocupa, la obra consta de una introducción, titulada “Del estado actual de la juventud y de la finalidad de este libro” y seis capítulos referidos al número y título de la conferencia respectiva. Éstos son: 1ª Antinomias fundamentales; 2ª Homero y Virgilio o el clasicismo precristiano; 3ª Montaigne, Cervantes y Goethe o el clasicismo después de Cristo; 4ª Rousseau y Nietzsche o la aspiración romántica a lo absoluto; 5ª La síntesis cristiana; 6ª El humanismo cristiano en la Iglesia católica romana y en las Iglesias separadas.

En la introducción anuncia que “Las conclusiones del presente volumen son solo parciales, pues esta serie de charlas no es más que el primer panel de un díptico. Mi objetivo es sugerir un método cristiano de leer las obras maestras de la literatura”. Leído desde el hoy, el autor invita leer toda su obra, abarcar todo el esquema. Califica de ‘humanismo ascendente’ al movimiento del primer panel, de ‘humanismo descendente’ al segundo. Y considera su tercera parte como exploración de la actualización de ambos movimientos en la literatura del S. XX nacida en ‘tiempos turbulentos’. El cristianismo es coronación del movimiento ascendente y compromiso en el descendente.

Primera conferencia/capítulo: Fundamenta las polaridades con que trabaja: humanismo escatológico y humanismo terreno y posibilidades de ambos. Se detiene en las justificaciones estéticas, filosóficas y teológicas de ambos. En modo fenomenológico: más que en la forma estética (como arte), filosófica (como lógica) y religiosa (como racionalidad del acto de fe) le interesa resaltar “la cosa” (diría Husserl), lo que aparece y se da (distinto al Yo pero a través de él y sus facultades y creaciones) a través de ellas. Segunda: Históricamente, para Ch. Moeller, el humanismo pasa por cuatro fases que él denomina: sabiduría precristiana (y humanismo precristiano), advenimiento del cristianismo (sintetizador de sus búsqueda y presentimientos), humanismo clásico postcristiano y humanismo romántico. En este capítulo se piensa la primera fase, tejida con anhelos que completará el cristianismo. “El cristianismo no condena los valores humanos, sino que los consuma íntegramente”, dirá Ch. Moeller.

Tercera: Estudia el humanismo posible después de Cristo, quien obliga a definirse (“o con él o contra él”). “En el alma clásica hallamos separados, excepto acaso en Don Quijote, los valores que se unían fácilmente en los griegos”, la búsqueda de lo infinito y la conformidad con lo que está al alcance de la condición humana (tan bien representado en ese género literario que es la tragedia griega. Cuarta: Se centra en el humanismo romántico postcristiano. El modelo a repensar, claro, es el europeo de los siglos XVII-XVIII. En autores como Rousseau o Nietzsche hay un búsqueda de humanismo alimentada de anticristianismo. Como los defectos de los cristianos nunca justifican los abusos o incoherencias de método, Ch. Moeller reivindica repensar las fronteras entre estética y religión. Se entiende como el Nietzsche ‘humano, demasiado humano’ con piedad, pero con dureza le reclama la locura de una voluntad nacida de la oscuridad. Nietzsche hereda las bases de su postura más ‘anti’ de autores anteriores como Feuerbach, así como las atractivas fórmulas de éste se alimentan de la dialéctica de Hegel.

Quinta: Ch. Moeller acepta al cristianismo como la síntesis de todos los humanismos. Con retos no fáciles de resolver, como éstos: ¿pueden convivir ambas autonomías, la terrena y la religiosa? Tendrán que aprender. Más aún se pregunta: ¿puede la plenitud de los humanismos terrenos, pueden ayudar al humanismo cristiano a ser más y mejor cristiano? Habrá que aprender a intercambiar las mutuas condiciones. Ch. Moeller dice que, después de Cristo, unir el humanismo clásico con el romántico, “no es posible [...] *con medios humanos*”. La razón es que con Jesucristo “ese punto de equilibrio del hombre ha alcanzado un estadio *más alto* que el del dominio meramente humano”. Sexta: Aceptadas las diferencias históricas entre el cristianismo protestante y el católico, también coinciden en la preocupación por construir puentes y facilitar el acercamiento entre humanismo terreno y escatológico. Ch. Moeller exhorta a “no [...] desatender o condenar el humanismo terreno”. Sin renunciar a la trascendencia en términos de Cristocentrismo. Él lo practicó. Baste este detalle: A. Camus le escribió una carta agradeciéndole y confirmando positivamente el estudio que de él hizo Ch. Moeller. “Nuestra conclusión general es que hay que practicar el humanismo terreno a la manera de humilde, si bien útil, preparación a la transfiguración divina del humanismo escatológico”.

El libro concluye con una extensa y útil “Nota bibliográfica” actualizada por el editor. Concluimos con la felicitación a *Ediciones Encuentro* por la reedición de este clásico de la literatura cristiana del S. XX. Es una fuente exquisita y una brújula de luz para tiempos a veces relativistas, pesimistas o catastrofistas (es decir también “turbulentos”) en que vivimos. Porque no nos basta una apología sin experiencia viva de la fe y sin un pequeño esfuerzo por comprenderla y dar razón de su gratuita esperanza.

Jesús Cano Peláez

Centro Teológico San Agustín

El Escorial (Madrid)